

UNA APROXIMACIÓN AL PENSAMIENTO DE NIETZSCHE*

DEATH OF GOD AS MORAL OVERCOMING OF: AN APPROACH TO THOUGHT OF NIETZSCHE

*Edgar Alberto Patiño Carmona***

Recibido: noviembre 16 de 2012

Aprobado: marzo 16 de 2013

RESUMEN

El estudio de la moral que realiza Nietzsche permite entender el por qué hay clases superiores o dominantes que durante la historia han querido tener el poder y controlar las acciones de otros para su beneficio. El estudio permite también discutir si esta clase dominante es benéfica o no para el desarrollo del mismo hombre y de la cultura o si, por el contrario, es perjudicial. Por otro parte aborda el tema de por qué hay hombres que se someten al dominio y aceptan todo lo que los señores le imponen; además, qué clase de hombres son aquellos que después de estar sometidos a la voluntad de poder de los fuertes surgen como una nueva clase, aparente, de hombres domina-

* Este artículo es producto de los procesos de formación doctoral que adelanta el autor en el Doctorado en Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana, sede Medellín. El texto fue postulado por el autor y aceptado en el Foro de Estudiantes de Postgrado realizado en el segundo semestre académico del año 2012.

** Estudiante de Doctorado en Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana, estudiante de la Especialización en Responsabilidad Contractual y Extracontractual del Estado de la Corporación Universitaria Remington, Magíster en Educación, Especialista en Gerencia Educativa con énfasis en Gestión de Proyectos, Licenciado en Educación especialidad Ciencias Religiosas de la Universidad Católica de Manizales, Licenciado en Filosofía y Letras Universidad de Caldas, Licenciado en Teología Pontificia Universidad Javeriana, Abogado de la Corporación Universitaria Remington, Miembro de la Comisión de Obras Escritas para ascenso al Escalafón Nacional Docente Municipio de Medellín, Docente del Municipio de Medellín.

dores que en el fondo no son más que resentidos cargados de odio y de venganza que quieren alcanzar la posición de los verdaderos señores, pero por más que luchan no lo logran, porque sus propios sentimientos lo engañan y aunque actúen como señores siguen siendo lo que son, esclavos.

Nietzsche incita al hombre a que construya una nueva moral que le sirva como norma de vida, forjando espíritus libres, que busque su superación y felicidad no con la esperanza en un más allá sino en el disfrute en el más acá, la tierra. Para ello, el hombre tiene que llegar a comprender que Dios ha Muerto, que su existencia está en esta tierra y cuando el hombre se libere de aquello que lo ata al más allá llegará a ser espíritu libre.

PALABRAS CLAVE:

Moral de señores, moral de esclavos, valoración de señores, valoración de esclavos, muerte de Dios.

ABSTRACT

The study of the moral enables understand why there are upper or dominant classes, that throughout the existence of mankind to have power and control the actions of others, for their benefit. If this class is beneficial or not to the development of the same man and culture or on the contrary are harmful. On the other hand, why there are men who undergo the domain and accept all that these gentlemen imposed; in addition, what kind of men are those who after being subjected to the will to power of the strong emerging as a new class, apparent, dominators men that inside are no more than resentful, filled with hate and revenge that want to achieve position of the true gentlemen, but even though they do not succeed fight, because his own feelings deceive and even act as Messrs remain what they are slaves.

Nietzsche incites the man to build a new moral that serves as a standard of life, forging free spirits, who seek its improvement and happiness with no hope in an afterlife but in the enjoyment in the here, the land. For this, the man has to come to understand that God

is dead, that his existence on this earth and when the man is free from that which binds the afterlife to become free spirit.

KEY WORDS:

Moral of messrs, moral of slaves, valoration of messrs, valoration of slaves, death of God.

1. LA MORAL

Nietzsche distingue en la moral dos clases: la moral de señores, los poderosos y fuertes para los que no existen ninguna regla sino las impuestas por sí mismos y que van siempre en busca del desarrollo de su personalidad, del poder y de su grandeza; y la moral de esclavos, los débiles incapaces de vivir por sí mismos, que para subsistir necesitan agruparse en una sociedad, en una religión o en un Estado bajo reglas morales comunes “La moral es la suma de las condiciones de conservación de una especie latente de hombre, malgrado en parte o del todo. La moral es para Nietzsche también un expediente que inventa la vida decadente para poder subsistir”. (Cruz, 1982, pág. 88).

1.1 La moral de señores

La moral nace de la coacción impuesta por los fuertes, poderosos, nobles y aristócratas, que han obligado a los más débiles a cumplir una serie de reglas sociales; el cumplimiento de estas reglas se convierte en costumbre, luego en libre obediencia hasta llegar a ser instinto.

Los señores emplean diferentes tipos de fuerzas para subyugar a los débiles. Los débiles al no entender la causa de las fuerzas que los domina no reaccionan y se someten a ellas. Para la moral de señores es extraño tener deberes con los semejantes de rango inferior, obrando de acuerdo a sus sentimientos y como se lo dicta el corazón. La moral de señores nace de una aceptación de sí mismo afirmando su existencia, el sentido de la tierra y de las cosas que le rodean en la naturaleza, es creadora de valores:

Determinadora de los valores, no tiene necesidad de dejarse autorizar, su juicio es “lo que me es perjudicial a mí, es perjudicial en sí”, sabe que ella es la que otorga dignidad en absoluto a las cosas, ella es creadora de valores. Todo lo que conoce que hay en ella misma lo honra: semejante moral es autoglorificación. (Nietzsche, 1983, pág. 223).

El aristócrata, representante de la fuerza activa, es individualista, audaz, conquistador, imperioso, creador, dinámico, vive plenamente según sus instintos. Es confiado y franco, es íntegro, honesto

y seguro de sí mismo, es activo, es creador e implantador de valores, es feliz pues la felicidad es inherente a su actividad. Busca la superación, pero no a través de otros sino por sí mismo, es orgulloso y nunca se rebaja a los demás, delegándoles responsabilidades que considera propias “no piensa nunca en rebajar sus deberes a deberes de todo el mundo; no quiere ceder ni compartir su propia responsabilidad; cuenta entre sus deberes propios, sus privilegios propios y su ejercicio”. (Nietzsche, 1983, pág. 241).

Los aristócratas formulan sus propias leyes y bajo ellas se rigen. Cada caso es individual y cambia de acuerdo a las circunstancias de la vida. Se apoya en la realidad terrena y va desarrollando su vitalidad para alcanzar la superación de sí mismo.

Sin recurrir a una instancia trascendente, y sólo teniendo en cuenta su ser peculiar en cada caso. La ley que lo rige mana, pues, de su existencia concreta... tiene que ser cambiante, pues la existencia humana está siempre cambiando con el cambio de las decisiones del hombre, de las situaciones en que cae y de los golpes del destino. (Cruz, 1982, pág. 88)

Para ello requiere trazarse metas y desarrollar una serie de acciones que lo lleven alcanzarlas:

Esa especie de hombre que él concibe, concibe la realidad tal como ella es: es suficientemente fuerte para hacerlo, no es una especie de hombre extrañada, alejada de la realidad, es la realidad misma que encierra todavía en sí todo lo terrible y problemático en la existencia, sólo así puede el hombre tener grandeza... (Nietzsche, 1997, pág. 128).

Los aristócratas se apoyan entre sí y se designan títulos de poder como: los poderosos, los señores, los que mandan, los ricos y los propietarios:

“El hombre aristocrático honra en sí mismo al poderoso, también al poderoso que tiene poder sobre él, que es diestro en hablar y en callar, que se complace en ser riguroso y duro consigo mismo y siente veneración por todo lo riguroso y duro”. (Nietzsche, 1983, pág. 224).

El aristócrata pone toda la fuerza de poder para que el hombre descubra el verdadero amor y el conocimiento que hay en él. Realidad que lo une a la tierra, adquiriendo sentido de ella, lo eleva, lo

hace consciente de sí, de lo que es y de lo que quiere, imprimiéndole una fuerza mayor a la vida.

1.2 La moral de esclavos

La respuesta de los sometidos a los nobles creó una fuerza reactiva en ellos, pero su incapacidad para obrar por sí mismos los llevó a buscar ideales suprasensibles que interiorizaron. Esta fuerza latente necesitó activarse y exteriorizarse mediante el odio y la venganza hacia la clase aristocrática, lo que activó la reacción contra ellos. Los sacerdotes fueron los encargados de activar dicha fuerza. Los sacerdotes como fuerza reactiva han impuesto a los hombres conceptos y directrices que inhiben la esencia y la existencia de su conducta, con una moral distorsionada, conduciéndolos a vivir las exigencias de los principios morales en todos sus actos, aniquilándoles el espíritu de conquista y superación.

Esta fuerza reactiva lleva al hombre al sometimiento y desconocimiento de la realidad, convirtiéndolo en un ser irreal y negador de la vida.

A la realidad se le ha despojado de su valor, de su sentido, de su veracidad en la medida en que se ha fingido mentirosamente un mundo ideal... El “mundo verdadero” y el “mundo aparente” - dicho con claridad el mundo fingido y la realidad... Hasta ahora la mentira del ideal ha constituido la maldición contra la realidad, la humanidad misma ha sido engañada y falseada por tal mentira hasta en sus instintos más básicos - hasta llegar a adorar los valores inversos de aquellos solos que habrían garantizado el florecimiento, el futuro, el elevado derecho al futuro. (Nietzsche, 1997, pág. 16).

La moral de esclavos es la negación de sí mismo por la aceptación de reglas impuestas que lo hacen reaccionar e interiorizar conceptos para luego sublimarlos. Ella encuentra los valores ante sí y se los deja imponer pasivamente, “para surgir, la moral de los esclavos necesita siempre primero de un mundo opuesto y externo, necesita, hablando fisiológicamente, de estímulos exteriores para poder actuar, - su acción es, de raíz, reacción”. (Nietzsche, 1996, pág. 43).

La fuerza que impulsa al hombre a buscar en una realidad exterior el objeto y razón de la existencia humana, apoyada en el temor

que le produce esa fuerza misteriosa y ajena a su realidad, hace que el hombre se agrupe en rebaño, impidiéndole obrar por sí mismo pues obra en función de los preceptos establecidos, debilitando la fuerza de su existencia y prolongando la fuerza de su esclavitud. Al hombre le es difícil determinar la fuerza del peso que le aprisiona y se somete ciegamente a los principios morales como único refugio para soportar el dolor y alcanzar la felicidad. “*Camello*” cargado y desorientado en el desierto de la vida, con valores impuestos que lo alienan bajo el yugo que domina su inconsciencia, valores que están por encima del actuar del hombre:

La rebelión de los esclavos en la moral comienza cuando el resentimiento mismo se vuelve creador y engendra valores: el resentimiento de aquellos seres a quienes les está vedada la auténtica reacción, la reacción de la acción, y que se desquitan únicamente con una venganza imaginaria. (Nietzsche, 1996, pág. 42)

Para Nietzsche la rebelión de los esclavos comienza cuando toman conciencia de la fuerza que los domina naciendo el odio y el resentimiento; este se hace creador y engendra valores. Su reacción es la acción que para ellos está prohibida y no encuentra otra compensación que la venganza imaginaria. El resentimiento es la negación de todas las actitudes de los nobles o señores, es decir, es una inversión de valores de los nobles. Es una moral negativa. Por esta fuerza reactiva los esclavos se lanzan a la acción y su principal arma de lucha y de autodefensa, fuera del odio, es la prudencia, la astucia, sabe callar, esperar y humillarse, terminando por ser más prudentes que los aristócratas o señores.

Los esclavos conciben la “inteligencia” como sinónimo de supervivencia. Elaboran dentro de sí el veneno de venganza y de odio que luego verterán contra sus adversarios, los nobles, tachándolos de malvados y corruptos. De esa venganza y odio judío brotó un amor nuevo, amor que perseguía las metas del odio, la victoria, el botín, la seducción... Ese amor encarnado en Jesús de Nazaret, representante de los valores y del odio judío, junto con el signo de la cruz aparece como Redentor de la miseria humana. Redentor que fue clavado en la cruz por ellos mismos para mostrar al mundo su victoria.

Esa victoria se puede considerar como un envenenamiento al género humano para que por medio de su toxina logre el éxito tan es-

perado por ellos y que ha sido difundido a través de la Iglesia, del Cristianismo o de cualquier religión que persigue los mismos ideales; la redención del hombre y el triunfo de los plebeyos sobre los nobles.

El triunfo de los esclavos ha llevado a la raza humana a que se mire de igual a igual. Se ha perdido el respeto del hombre por el hombre y siempre surgen nuevas mentes plebeyas que quieren combatir lo bueno impidiendo que los verdaderos espíritus libres y las mentes claras sobresalgan sobre y en ellos. Podría decirse que a medida que pasa el tiempo el hombre sigue en decadencia y es muy difícil que se formen nuevos hombres capaces de luchar y poner “orden” al mismo hombre.

Ahora la moral de señores como la moral de esclavos ha dado una distinta forma de valoración del Bien y el Mal, condicionando el futuro de la humanidad. Para conocer el sentido de bueno y malo es necesario conocer la fuerza que determina en cada uno. La valoración de estas fuerzas se diferencia entre sí por la concepción de sus juicios:

Yo soy bueno, luego tú eres malo. Tú eres malo, luego yo soy bueno. Disponemos del método de dramatización. Quién pronuncia una de las fórmulas, quién la otra? Y qué es lo que quiere cada uno? No puede ser el mismo el que pronuncia las dos, ya que el bueno de una es precisamente el malo de la otra (Deleuze, 1971, pág. 168).

Quién pronuncia “*yo soy bueno, luego tu eres malo*” corresponde a la forma valorativa de los señores, afirmando su condición de ser de sí mismos y todo lo que los eleva, como su forma de actuar, de pensar, de demostrar la fuerza de su poder y de exaltación de la vida, en contraposición a los negadores de la vida, los esclavos. Ahora, los que dicen “*tú eres malo, yo soy bueno*” corresponde a la valoración de los esclavos, donde los antes malos se han convertido en los buenos y los antes buenos son ahora los malvados.

1.3 La valoración de señores

La valoración aparece con los señores dominadores que impusieron a la fuerza y tiranía la moral a los dominados. Los señores, fuerza dominante, son los que le dan sentido a la fuerza de la cosa, creando palabras para nombrar sus propias acciones y para designar los

valores del señorío, para ellos lo bueno es todo lo superior, lo activo, fuerte y dominador, y lo malo lo vil, temeroso, mezquino y mentiroso.

El principio nace a partir del hombre a quien se le aplica los valores del Bien y del Mal, y de este hombre se deriva las acciones. Los conceptos de bueno y malo proceden de las acciones de los señores y aristócratas que consideraban sus actos como buenos y ellos mismos eran los buenos; mientras que lo malo era la contraposición a las acciones de los señores como lo abyecto, vulgar, bajo y plebeyo... “Bueno en el sentido de ‘ánimicamente noble’, de ‘aristocrático’, de ‘ánimicamente de índole elevada’, ‘ánimicamente privilegiado’: un desarrollo que marcha siempre paralelo a aquel otro que hace que ‘vulgar’, ‘plebeyo’, ‘bajo’, acaben por pasar al concepto malo” (Nietzsche, 1996, pág. 33).

El concepto de bueno ha sufrido metamorfosis de acuerdo a la cultura a la que pertenecía la clase dominante, así los blancos y de cabello rubio eran los buenos, los puros, los veraces, los nobles y aristócratas; mientras que los de piel oscura eran considerados malos, impuros, bajos y esclavos.

El hombre noble y poderoso es el creador de valores, encuentra como bueno todo lo que le honra, lo que encuentra en su propia persona, y como malo todo lo que está en contraposición a lo noble.

Los aristócratas no tienen necesidad de elaborar fórmulas que lo lleven al convencimiento de que ellos son capaces de las hazañas más nobles y de olvidar las ofensas recibidas por la gente vulgar y oprimida. Ellos son los verdaderos gestores de un auténtico amor al prójimo por la gran capacidad que tienen del olvido. El señor ha tomado el concepto de Bien como lo excelente y poderoso, mientras que lo malo lo despreciable y vil.

El hombre noble ayuda a los demás no por compasión sino para demostrar la fuerza y sentir placer; desprecia a los inferiores, débiles y cobardes, a los que piensan con bajeza, a los que viven y piensan en una actitud pasiva de la vida, ya que para el noble, bueno es todo lo que eleva al individuo, lo que lo lleva a lo auténtico de su vida, a la autenticidad. Bueno es lo que le da nobleza a la existencia, lo que le da grandeza, bueno es el héroe, el guerrero.

1.4 La valoración de esclavos

Nace en el alma de los oprimidos e impotentes, de los asalariados y dolientes, aparecen los que van en contra de la valoración de señores e invierten el significado de los términos bueno y malo, su actitud es pesimista y desconfiada. Condenan los valores y cualidades de los nobles.

El origen de lo bueno y lo malo es la relación que existe entre una clase dominante y una clase dominada. Cuando los juicios aristocráticos declinan por la presión que ejerce los esclavos a la imposición de sus valores, la clase baja o rebaño se da cuenta que no todo lo que ellos dicen es la “verdad” y empiezan a expresar juicios como antítesis a los de los aristócratas.

El concepto bueno tiene su origen en la concepción que los aristócratas le daban a su poder de dominio, a sus acciones, lo que originó que los esclavos utilizaran como mecanismos de supervivencia y bienestar, la alabanza a los señores, aspecto que aparentemente se ha olvidado pero que en realidad subsiste convirtiéndose en un hábito que inconscientemente se practica. Para los esclavos los señores son malvados pero alaban las cualidades que tienen y que les sirve para suavizar su existencia y su sufrimiento. Honran la compasión, la paciencia, la humildad, la amabilidad, la diligencia, son complacientes y serviciales, es decir, la moral de esclavos es utilitarista.

A lo largo de la historia ha habido diversas culturas que se han visto sometidas a otras -como el pueblo judío-; pueblos que en diferentes momentos de su historia fueron dominadores - como el pueblo romano - que impusieron su cultura, cultura aceptada en forma hipócrita y solapada, es decir, que exteriormente los dominados toleraban su sumisión pero que interiormente gestaban la venganza contra los dominadores. Ya cuando estos, los dominadores, tuvieron su decadencia, los judíos surgieron como los verdaderos, los buenos haciendo una “*trasvaloración*” de los valores, diciendo que los malvados eran los señores, nobles, aristócratas, ricos y poderosos, y que los buenos eran los esclavos, pobres, enfermos y desamparados.

Los esclavos tienden a buscar la libertad y la felicidad de manera ficticia, porque siempre estarán sometidos a una fuerza dominante que los subyuga y les impide obrar en sí y por sí sino en y por otro.

Los esclavos, por su odio a los señores, conciben el mal como lo poderoso y peligroso, cualidades de los aristócratas, es decir, lo bueno de los señores pasa a ser malo y todo lo que para los nobles era tenido como malo pasa a ser bueno para los humildes y los despreciables.

Las fuerzas reactivas dieron origen a una nueva fuerza reactiva al sustraer el poder de las fuerzas activas haciendo una “*trasvaloración de valores*” convirtiendo a los nobles y aristócratas en malvados y a los plebeyos y bajos en buenos. Nietzsche al respecto dice:

¡Los miserables son los buenos; los pobres, lo impotentes, los bajos son los únicos buenos; los que sufren, los indigentes, los enfermos, los deformes son también los únicos piadosos, los únicos benditos de Dios, únicamente para ellos existe bienaventuranza, - en cambio vosotros, vosotros los nobles y violentos, vosotros sois, por toda la eternidad los malvados, los crueles, los lascivos, los insaciables, los ateos, y vosotros seréis también eternamente los desventurados, los malditos y condenados!... (Nietzsche, 1996, pág. 39)

2. LA MUERTE DE DIOS

Hay muchas cosas pesadas para el espíritu, para el espíritu fuerte, paciente, en el que habita la veneración: su fortaleza demanda cosas pesadas, e incluso las más pesadas de todas.

¿Qué es pesado? así pregunta el espíritu paciente, y se arrodilla, igual que el camello, y quiere que se le cargue bien.

¿Qué es lo más pesado, héroes? así pregunta el espíritu paciente, para que yo cargue con ello y mi fortaleza se regocije. (NIETZSCHE, 1993, 49)

El hombre a través de la imposición de valores éticos y morales ha sido sobrecargado y alienado en su concepción tanto espiritual como intelectual, al igual que el camello se arrodilla ante el Dios ideal, en quien cifra todas sus aspiraciones llevándolo a la negación de sí y de la vida misma. Esta negación de la vida lo lleva al repudio de sus instintos naturales y a la búsqueda de la felicidad a través del dolor y de la autolaceración de las propias pasiones con miras a buscar la felicidad en ese ser creador, dador de vida, y regulador de los actos humanos.

Ese hombre se somete voluntariamente a Dios que lo subyuga y exige el cumplimiento de esa carga de valores impuesto por los aniquiladores de la vida, de la razón (sacerdotes), y los someten quebrando su voluntad para así tener dominio sobre él. El hombre alienado, por esta imposición, cifra su felicidad en el más allá.

La sobrecarga de valores morales hace que el hombre auto elimine esa moral y luche por arrojar, de sí, las fuerzas externas que lo aprisionan y como un “león” libere la libertad que dormía en él, dice no a toda concepción ideal e ilusoria que lo aliena, “crear valores nuevos - tampoco el león es aún capaz de hacerlo: más crearse libertad para un nuevo crear - eso sí es capaz de hacerlo el poder del león” (Nietzsche, 1993, pág. 50).

Esta lucha contra los valores antiguos no es suficientemente fuerte para construir una voluntad liberadora de la humanidad. Aún el espíritu no es capaz de crear valores nuevos porque los antiguos están demasiado arraigados en su ser:

¿Qué es capaz de hacer el niño que ni siquiera el león ha podido hacerlo? ¿Por qué el león rapaz tiene que convertirse todavía en niño?

Inocencia es el niño, y olvido, un nuevo comienzo, un juego, una rueda que se mueve por sí misma, un primer movimiento, un santo decir sí...

El espíritu quiere ahora su voluntad, el retirado del mundo conquista ahora su mundo. (Nietzsche, 1993, pág. 51).

Solo el niño en su “*inocencia y olvido*” puede crear nuevos valores a través del juego, porque el juego es la esencia de la creatividad y el generador de normas auténticas que elevan el espíritu a la creación de nuevos valores sin prejuicios sino que lo sitúan en un mundo real que él debe transformar, por la libertad de su proyección de valores. Para proyectar valores, el hombre, tiene que desligarse del cúmulo de virtudes que lo sume en un profundo sueño, debe despertar a la realidad y no guiarse por una moral tradicional, que es falsa, ni poner la esperanza en una felicidad en el más allá, donde existe el Dios creador y en quien el hombre ha puesto todas sus esperanzas de liberación del sufrimiento y del dolor que lo aprisionaba:

‘Si no hacemos de la muerte de Dios un gran renunciamiento y una perpetua victoria sobre nosotros mismos, tendremos que pagar por esta pérdida’. El enfoque conservador - reactivo de la muerte de Dios, el que quiere seguir siendo y teniendo lo mismo que era y venía antes de la muerte de Dios, deberá pagar - en miseria, opresión, masificación, angustia, absurdo... - por esa pérdida. Pero quien hace de tal muerte una renuncia a las viejas posesiones y a la vieja forma de vivir, una victoria sobre la vieja identidad responsable y las viejas ansias, podrá utilizar esa muerte en el sentido de su fuerza ascendente: no habrá perdido nada, sino que se habrá desatado. (Savater, 1995, pág. 55).

Con la Muerte de Dios el hombre se ha liberado de las cargas morales impuestas y de las virtudes que el cristianismo le infundió durante un par de milenios y que le impedían ver la realidad desde su propio punto de vista y moverse con libertad. La Muerte de Dios hace del hombre un espíritu libre, que no está sometido a nada, ni nadie que puede desplegar toda su actividad libremente en búsqueda de la felicidad acorde a sus propios principios.

Con la Muerte de Dios han desaparecido todos los valores. Lo que antes para unos era bueno ahora es malvado, como la creencia en un Dios vengador y Redentor de las miserias humanas; y lo que antes era malo ahora es bueno, como el obrar libremente, en que la felicidad no está en otro mundo sino en este y que todo lo valioso se encuentra en la tierra.

“Entonces el que se hunde en su ocaso se bendecirá a sí mismo por ser uno que pasa al otro lado; y el sol de su conocimiento estará para él en el mediodía. ‘Muertos están todos los dioses’...” (Nietzsche, 1993, pág. 123). La muerte de Dios no es más que la muerte del monoteísmo que conducía al hombre a la dependencia de Dios único y creador, y al que se le debía obedecer mediante reglas morales impuestas por sacerdotes y teólogos, impidiéndole su crecimiento, llevándolo al fracaso y a la miseria por el desprecio de la vida y la realidad terrena, y con la esperanza de llegar al más allá para disfrutar de la felicidad eterna negada en la vida terrena:

Ese ideal es la exaltación de la debilidad y la enfermedad junto con la denigración de la fuerza y la salud, la glorificación de los sentimientos gregarios, el reparto del mundo en un más allá glorioso e

inmaterial y un más acá triste, sucio y material. (Savater, 1995, pág. 61).

Con la muerte del Dios monoteísta se aumenta la visión del hombre, lo libera de las ataduras morales, lo lleva a la búsqueda de la creatividad y a la plena afirmación de la vida en la tierra, como único mundo y fuente de valores. La muerte de Dios no conduce al hombre al ateísmo sino que le da la posibilidad de crear otros dioses que amplíe sus perspectivas como “*espíritu libre*”, acentuando su fuerza creadora y su dinamismo en la proyección de nuevos valores.

Esos otros dioses eran los que veneró el politeísmo, dioses múltiples, contradictorios, que ampliaban las perspectivas del hombre en lugar de confinarle en un solo tablero de juego, como hace el monoteísmo. “El politeísmo había prefigurado el espíritu libre y múltiple del hombre: la fuerza de crearse ojos nuevos y personales..., de tal suerte que el hombre, único entre todos los animales, escapa a la fijeza de horizontes y a las perspectivas eternas.” (Savater, 1995, pág. 58).

Dios no es la última realidad existente, sino mera imaginación, engaño e ilusión de hombres impotentes, enseñado por sacerdotes; el pregón de Dios ha muerto significa que la antigua creencia en Dios, sobre todo en la fe, en el Dios cristiano, ha sido ya aniquilada en el mundo actual de los espíritus libres.

CONCLUSIÓN

La Muerte de Dios no es más que la reivindicación del hombre, por la aceptación de la vida terrena y de la cultura en el disfrute de lo que ella le brinda, y la destrucción de las tablas morales para llegar a ser espíritu libre. La Muerte de Dios se debe al cristianismo porque ha creado ideas que desvirtúan la realidad y reprimen al hombre. Nietzsche en la expresión “Dios ha muerto” ha dejado en claro como esa muerte responde no a un hecho físico sino a la destrucción de un ideal moral y de aceptación del hombre como piedra angular.

REFERENCIAS

Cruz, D. (1982). *Nietzscheana*. Manizales: Imprenta Departamental: Biblioteca Popular de Autores Caldenses.

- Deleuze, G. (1971). *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.
- Nietzsche, F. (1993). *Así habló Zaratustra*. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Barcelona: Altaya, S.A.
- _____. (1997). *Ecce homo*. Trad. Andrés Sánchez Pascual. 17ª Ed. Madrid: Alianza Editorial.
- _____. (1996). *La Genealogía de la moral*. Trad. Andrés Sánchez Pascual. 20ª Ed. Madrid: Alianza Editorial.
- _____. (1983). *Más allá del bien y del mal*. Trad. Andrés Sánchez Pascual. Madrid: Orbis.
- Savater, F. (1995). *Idea de Nietzsche*. Barcelona: Ariel.

